

II. VIDA CONTEMPLATIVA Y PALABRA DE DIOS

P. Saverio Cannistrà, ocd

Después de haber hablado de la vida contemplativa como un lugar separado del mundo, silencioso, despojado de todo lo que es superfluo y puede distraer de la búsqueda de Dios, deberíamos ahora ocuparnos de aquello que llena este espacio contemplativo con su presencia y su dinamismo vital: el diálogo con Dios en la oración personal y en la liturgia, la vida fraterna en comunidad, los sufrimientos y las alegrías de la humanidad que lo rodea. VDQ nos recuerda todas estas realidades y, sin embargo, otorga un lugar particularmente importante a la Palabra de Dios. Tres números de la Constitución (19 - 21) y el artículo 5 de la Conclusión Dispositiva están dedicados a la centralidad de la Palabra de Dios. Citando a *Vita Consecrata* 94, VDQ reitera que la Palabra de Dios es “la primera fuente de toda espiritualidad”. La vida contemplativa puede y debe extraer de dicha fuente lo necesario para crecer en todas sus dimensiones: para nutrir la oración personal; para intensificar la comunión fraterna, en especial a través de la *lectio* compartida; para adquirir un juicio sólido y un discernimiento sobrenatural; para alcanzar una auténtica misión eclesial, compartiendo la experiencia transformante de la Palabra de Dios con todos los miembros de Pueblo de Dios: sacerdotes, diáconos, religiosos y laicos.

Al afirmar esto, VDQ se mantiene en continuidad con el magisterio previo de la Iglesia comenzando por la Constitución Conciliar *Dei Verbum* y, de manera particular, con la Constitución Apostólica *Verbum Domini*. En ésta, el Papa Benedicto XVI dice que la vida consagrada misma “nace de la escucha de la Palabra de Dios y de la adhesión al Evangelio como regla de vida” y que el Espíritu que está en el origen de las Escrituras “es el mismo Espíritu que ilumina la Palabra de Dios con nueva luz para los fundadores y fundadoras. Todo carisma y toda regla brota de él y busca ser una expresión suya” (VD 83). Por lo tanto, siempre que los religiosos permanecen a la escucha de la Palabra de Dios, su más genuina identidad carismática se ve fortalecida y renovada. En el mismo número de VD, también se confía una misión a las antiguas y nuevas comunidades de vida consagrada, que “son llamadas a ser genuinas escuelas de la vida espiritual, donde las Escrituras se puedan leer de acuerdo con el Espíritu Santo en la Iglesia, para beneficio de todo el Pueblo de Dios”.

Las palabras del Papa Benedicto y del Papa Francisco nos interpelan fuertemente: ¿Qué relación tenemos, como religiosos y como contemplativos, con la Palabra de Dios? ¿Qué lugar le damos en nuestra vida personal y comunitaria? ¿Es realmente la Palabra de Dios lo que da forma y vida a nuestra oración, a nuestras relaciones fraternas, a nuestra formación permanente y a nuestra misión eclesial?

En este aspecto, debemos reconocer que en el pasado, en el Carmelo como en toda la Iglesia Católica, no se ha dado suficiente importancia a la Palabra de Dios, no se ha reconocida la necesidad esencial de su escucha atenta y amorosa para vivir la vida cristiana y, más todavía, la vida consagrada. En el Carmelo Teresiano, en particular, la tendencia a insistir en el aspecto místico de la experiencia de Dios llevó frecuentemente a reducir y marginar el papel de la Escritura en la vida espiritual, casi como si Dios pudiera ser encontrado más directamente dejando de lado la meditación sobre su Palabra. A pesar del hecho de que la Regla Carmelitana misma concede una posición central al precepto de “meditar día y noche la Ley del Señor” (R 8), no hace particular hincapié en la importancia de la lectura de la Palabra de Dios. En 1946, antes del Concilio, el P. Anastasio Ballestrero vio en la “adherencia material a la Sagrada Escritura” -como lo escribió- sólo “un elemento más, de modo que [la meditación carmelitana] pudiera estar íntimamente penetrada de fe y suavidad y ser más íntimamente reveladora de Dios¹”. Contrariamente, en el n° 80 de las Constituciones de 1991 de las monjas, se lee: “Puesto que la oración es un diálogo con Dios [...] es

¹P. ANASTASIO DEL SS. ROSARIO, *Lo spirito della Regola carmelitana*, en «Vita carmelitana» n° 8 (Noviembre 1946), p. 56.

indispensable un conocimiento adecuado de la Palabra de Dios para progresar en la vida de oración. Por eso, siguiendo la norma de la Regla que ordena guardar continuamente en la mente y en el corazón la Palabra del Señor...”.

La Palabra de Dios está en el origen de nuestro ser de cristianos, religiosos y Carmelitas. Por la misma razón, debería ser -al mismo tiempo- la fuente de nuestra fidelidad y de nuestra renovación. Nacemos como carmelitas creyendo en esto, y deberíamos vivir y crecer creyéndolo. Los Carmelitas en el mundo actual son hombres y mujeres que experimentan hoy la vitalidad de la Palabra de Dios y de ella reciben luz y discernimiento. Por lo tanto, es la Palabra de Dios la que crea un “hoy” para los Carmelitas, y hay sólo un camino auténtico de renovación: aprender a escuchar a Dios que nos habla.

1. Dios nos habla

Sabemos que la Palabra de Dios está contenida en la Escritura, lo cual no significa que Escritura y Palabra de Dios sean simplemente la misma cosa. Dios me habla, me habla a mí personalmente, pero esta palabra está contenida en la Biblia, es decir, en un pasaje escrito hace dos o tres mil años, que contiene las cosas más diversas. Por lo tanto, ¿qué relación puede haber entre mi vida y un escrito tan lejano, tan distante, tan diferente a mí en mentalidad, cultura, etc.? ¿Cómo puede hablarme tan indirectamente el Dios que está presente en mis vicisitudes más íntimas, más personales, más secretas? ¿Cómo es posible encontrar algo que se refiera a mí entre tantas mediaciones? ¿Cómo puede la Escritura transformarse en una Palabra de Dios? En mi opinión, comprender en profundidad lo que significa la expresión Palabra de Dios es un grado de madurez del creyente que requiere un largo trayecto de fe y oración.

El modo humano normal de tejer relaciones es hablar con los demás. La palabra nos “enlaza” entre nosotros. Hay en el intercambio de palabras un entrelazamiento vital, aunque sea mínimo o incluso negativo (existen formas equívocas de discurso: la ofensa, la mentira, el chisme).

En el acto de hablar con alguien hay una decisión implícita de compartir con la persona una parte de la propia vida, aunque sólo sea por un segundo, como cuando nos saludamos con un simple “hola” o “qué tal”. Esto se puede ver claramente en la realización plena de la palabra, que es la palabra de amor y amistad, donde el compartir se extiende a toda la vida. Me parece que el grado máximo de intercambio, de comunión, que aporta la palabra se realiza no tanto en el hablar al otro de mí, sino en el permitir al otro que hable de mí y en ser capaz de hablar del otro como de mí mismo. Hay dos voces, pero una única palabra, que expresa la verdad compartida por el hecho de estar juntos. Si permito al otro hablarme de mí mismo, describirme, relatarme, hacer planes para mí de manera nueva, eso es signo de que nuestras vidas son ya inseparables: ha nacido algo nuevo, nuestro permanecer juntos, de modo que para hablar de sí mismo, hacer planes para sí mismo, el otro necesita hablar también de mí. Mi vida está incluida en la suya, así como su vida está incluida en la mía.

Cuando decimos que Dios nos habla, y que habla con nosotros personalmente, no queremos significar con eso que Él simplemente nos dice algo, que nos comunica algo. Si Dios nos habla, significa que Dios quiere compartir su vida con nosotros y, dado que la vida de Dios es plenitud de vida, definitiva, eterna, su Palabra es, efectivamente, una “palabra de vida eterna” (Jn. 6, 68), una palabra que nos comunica vida. Nuestra vida precaria (siempre sujeta al riesgo de la muerte, es decir, la destrucción de toda relación), se introduce en una relación imperecedera en el momento en que la Palabra de Dios nos es dirigida y nos interpela. Por este motivo tiene razón la Carta de Santiago cuando afirma que la Palabra de Dios es “la palabra que puede salvar sus almas”(St. 1, 21). Dios no nos habla simplemente para hacernos comprender misterios que se encuentran por encima de nuestra razón humana, sino para encontrarse con nosotros, establecer una relación de amistad y vivir con nosotros y en nosotros. De ser creaturas que reciben pasivamente su acción creadora, Dios nos transforma en amigos, personas a las cuales Él puede hablar. En este sentido, es la misma Palabra de Dios la que nos regenera: “... han sido engendrados de nuevo, no por un germen corruptible, sino incorruptible: la Palabra de Dios, viva y eterna” (1Pe. 1, 23). Que Dios hable a la humanidad, significa para ella el comienzo de una vida nueva, una vida de amistad con Dios, exactamente como la vida de la novia es inseparable de la del novio, o como las vidas inseparables de los amigos.

Hemos dicho que el compartir pleno que conlleva la palabra de amor se produce por el hecho de que uno puede hablar del otro como de sí mismo. Dios actúa también así. Nos expresa su amor por nosotros hablándonos de nosotros mismos, hablándonos de nuestra vida, que ya es parte de la suya. Por esta razón ya no puede hablar de sí mismo sin hablar también de nosotros. Su Palabra, dirigida a nosotros, se hace humana, se transforma en un hombre. Cristo Jesús, como Palabra de Dios, es la palabra que el Dios amoroso habla a la persona, amada por Dios como Dios se ama a sí mismo. La distancia que existía aún entre Dios y su pueblo en el Antiguo Testamento (a pesar de su deseo de sellar una alianza con ellos), por la cual la Palabra de Dios era ley o profecía, se transformó en cercanía insuperable en “Dios-con-nosotros” (Emmanuel).

La Palabra de Dios por excelencia, aquella en la cual Dios y el hombre se unen de manera más estrecha y definitiva, es Jesucristo. En Él, Dios nos habla acerca de la humanidad, y sólo de ese modo nos habla acerca de sí mismo. Es el hombre en quien Dios se complace, el hombre en Dios, el hombre-para-Dios. Entonces, cuando digamos Palabra de Dios, tengamos presente que su realización fundamental, en la cual se inserta toda otra realización, es Jesucristo. El esfuerzo por comprender la Palabra de Dios escrita es, en realidad, un esfuerzo por comprender a Jesucristo y, a la inversa: la negligencia e ignorancia de la Palabra de Dios es ignorancia de Jesucristo (como dice San Jerónimo, en el texto famoso citado por DV 25). El Vaticano II insta particularmente a los religiosos a la lectura frecuente de la escritura divina, con el fin de adquirir “el sublime conocimiento de Cristo Jesús” (Fil. 3, 8).

La Biblia, la Palabra de Dios escrita, es la que se refiere a la Palabra hecha carne, a Jesucristo: el Antiguo Testamento, en cuanto que profetiza la venida de Cristo, el Nuevo Testamento, en cuanto que proclama a Cristo que ya ha venido. Pero al decir que la Biblia es la Palabra de Dios que se refiere a Jesucristo, decimos también que es la Palabra de Dios que se refiere a nosotros, como Iglesia, como cuerpo eclesial de Cristo. Comenzamos entonces a atisbar que entre nuestra vida y la Biblia, la Palabra escrita de Dios, hay un lazo estrecho y profundo, que pasa a través de la Palabra de Dios encarnada, Jesucristo. Si la Biblia fuera sólo un libro, aún divinamente inspirado, nunca podría tener conexión con nuestra historia. Podría contener verdades sublimes, enseñanzas morales preciosas, brillantes ejemplos de virtud, pero se mantendría siempre fuera de nuestra vida: no podría ser “viva y eficaz” (Hb. 4, 12). Estructuralmente, seguiría siendo un libro del pasado, anterior a nuestra vida actual. Por el contrario, la Biblia como la Palabra de Dios, nunca es solamente un libro que habla del pasado, sino que es una proclamación del futuro, “lo que debe suceder pronto” (Ap. 1, 1). Es por esta razón que la leemos, ya que nos encontramos involucrados en el proceso de cumplimiento de las Escrituras.

Se comienzan a comprender las Escrituras como lo que debería cumplirse. Primeramente en Jesucristo, y después en cada uno de nosotros, como miembros de Cristo. Todo cristiano puede afirmar como Jesús: “todo lo que está escrito acerca de mí en la ley de Moisés, en los profetas y los salmos, debe cumplirse” (Lc. 24, 44). Ésta es la perspectiva que abre la mente a la comprensión de las Escrituras. Lo que *ya* se ha cumplido en Cristo, debe *todavía* cumplirse en sus miembros.

2. ¿Cómo leemos la Palabra de Dios?

El problema que surge ahora es: ¿cómo leer la Escritura para lograr comprender la Palabra de Dios que estamos llamados a cumplir con nuestra vida? La primera condición es la *fe*. A la Palabra de Dios al hombre, el hombre responde con la palabra de fe, que es la palabra del hombre a Dios. No es una palabra filosófica o religiosa, sino la palabra del hijo, del amigo o de la esposa, que confía a otro la totalidad de su vida y habla del otro como del único fundamento y sentido de su vida, tan simplemente como de su propia vida (“Cristo, la vida de ustedes”, Col. 3, 4). La actitud de la fe es la que permite a la Palabra hacerse carne en nosotros, la que permite a Cristo revivir su misterio en sus miembros. La fe podría definirse como la actitud que hace a nuestra carne, es decir, nuestra existencia histórica concreta, accesible a la Palabra. Así es como actuó María: “Hágase en mí según tu palabra”. Es decir, que tu palabra entre en mi vida y me transforme a su imagen. Por tanto, la actitud oyente de la fe es de hecho una actitud de obediencia que se relaciona con la fe, obediencia que sólo puede ser justificada por el amor incondicional y la confianza absoluta.

Pero que la Palabra se haga carne en nosotros no es posible sin la acción del *Espíritu Santo*. Sólo Dios puede recibir la Palabra de Dios en su plenitud. Dios que está dentro de nosotros escucha

a Dios que está fuera de nosotros. Dios que está en el momento presente de nuestra vida hace que la Palabra de Dios se haga actual para nosotros.

Se requiere todavía otra condición para escuchar la Palabra de Dios de manera efectiva sin reducirla a una palabra humana, y sin embargo dejándonos transformar por ella. Ésta es *ser Iglesia*. Dios dirige su palabra a cada uno de nosotros, pero no como a individuos aislados, sino como a personas congregadas y llamadas por esa palabra a formar un solo pueblo. Por esto debemos afirmar que es la Iglesia la que comprende el sentido de las Escrituras.

Debemos, por lo tanto, estar en guardia frente a algunos enfoques equivocados en la manera de leer la Escritura, que pueden reconocerse fácilmente comparándolos con las condiciones positivas mencionadas antes:

1) Nos acercamos la Biblia con fe, es decir, dejando que la Palabra de Dios se haga carne en nosotros, tome nuestra historia y la transforme. Sin embargo, con frecuencia tenemos la tentación de partir desde nuestras propias necesidades y convicciones y buscar en la Biblia una confirmación para ellas. Servirse de la Biblia de esa manera se opone a una lectura creyente. Ciertamente, la Escritura es “útil” para nosotros (2Tim. 3, 16), pero no en el sentido de que podamos utilizarla para nuestros propios fines. En esta perspectiva, se necesita redescubrir la naturaleza personal de la Palabra de Dios: las personas no pueden ser utilizadas, debemos escucharlas respetando su diversidad y su libertad.

2) El Espíritu Santo es el intérprete divino de la Palabra de Dios. Pero Espíritu Santo no significa espiritualismo o sobrenaturalismo. La lectura de la Biblia no nos enajena de la historia sino que, por el contrario, nos muestra de manera profética la verdad que hay en ella. Esta lectura no puede realizarse con la actitud de quien busca en ella consolaciones espirituales o placeres piadosos. Nos pone constantemente frente a la responsabilidad histórica concreta que el Señor nos ha confiado.

3) La lectura individualista y subjetiva contradice a la naturaleza eclesial de la escucha. El lugar normal para la lectura de la Biblia es la comunidad. La historia que forma parte de la de Cristo es la historia de la Iglesia y de cada uno de nosotros, en la que somos miembros e hijos de la Iglesia.

El método tradicional de lectura orante de la Escritura, *lectio divina*, recomendada por VDQ, tiene precisamente estas características: una lectura que comienza escuchando a Dios que nos habla por medio de una palabra escrita, un encuentro personal con él, de modo que nos transformamos en peregrinos que transitamos por la senda que él nos señala. Por este motivo, la Escritura nos lleva nuevamente a nuestra vida, pero es importante que, guiados por la palabra bíblica, volvamos de nuevo allí después de una jornada que nos ha sacado de nuestro propio mundo para hacernos penetrar en el mundo y la lógica de Dios. Entonces seremos capaces de apreciar nuestra historia como parte de la historia de salvación. Como dice el n° 20 de VDQ, “la *lectio divina* o *lectura orante de la Palabra* es el arte que ayuda a dar el paso del texto bíblico a la vida, es la hermenéutica existencial de la Sagrada Escritura, gracias a la cual podemos llenar la distancia entre espiritualidad y cotidianidad, entre fe y vida. El proceso que la *lectio divina* lleva a cabo tiene como fin llevarnos de la escucha al conocimiento y del conocimiento al amor”.

3. La Palabra de Dios y el carisma Teresiano

Para aplicar las exhortaciones de VDQ acerca de la *lectio divina* a nuestra vida y nuestro carisma, debemos reflexionar más profundamente sobre la experiencia de la Palabra de Dios que es propia del Carmelo y, antes que nada, sobre la experiencia de Santa Teresa.

Me gustaría, primeramente, dar una breve mirada al n° 8 de la Regla Carmelitana, que ya he citado: “Permanezca cada uno en su celda o en las proximidades, meditando día y noche la Ley del Señor y velando en oración”. A su vez, el precepto de meditar la Escritura es bíblico. De hecho, se inspira en dos pasajes del Antiguo Testamento:

Jos.1, 8: “Que el libro de esta Ley nunca se aparte de ti: medítalo día y noche, para obrar fielmente en todo conforme a lo que está escrito en él”.

Sal. 1, 2: “[Feliz el hombre] que se complace en la ley del Señor, y la medita de día y de noche”.

Meditar en la ley del Señor no es meditar en un sentido estricto, ni tampoco un ejercicio piadoso basado en la Escritura. Es volverla continuamente a la memoria, tornándose uno lentamente

connatural a ella. Las razones para esta meditación continua están expresadas en los dos textos que acabo de citar:

- 1) “... para obrar fielmente en todo conforme a lo que está escrito en él”: se medita en la ley del Señor comportarse en conformidad con ella, para hacer de ella la norma que dirige toda la vida;
- 2) “... que se complace en la ley del Señor”: el verbo hebreo utilizado en el salmo es muy fuerte (*hps*), indica placer, regocijo. Se medita en la ley del Señor porque produce placer estar en su compañía (en lugar de “en la compañía de los malvados”), su presencia se experimenta con placer, como estando con un amigo.

Al mismo tiempo, meditar en la ley del Señor significa, en palabras de la Carta de Santiago 1, 25, ser “un verdadero cumplidor de la ley”, que por ello “será feliz al practicarla”. El texto de la Regla no nos da realmente un precepto a seguir, sino que más bien nos señala un modo de vivir nuestra vida espiritual basándola en la Palabra de Dios. Para un carmelita, meditarla debería suscitar tanto la seriedad de su compromiso diario de conversión como la alegría y, hasta diría, la festiva gratitud de su relación de amistad con Dios y los hermanos.

Pero vayamos a Santa Teresa. Para explicarme lo más brevemente posible, diría que Teresa tenía una fuerte experiencia de la Palabra de Dios (digamos también, una experiencia *mística*), al mismo tiempo que una sumamente limitada experiencia de la Escritura. Las partes que Teresa conocía de la Biblia eran pocas. Las citas bíblicas explícitas en sus obras no son muy numerosas (aunque en este punto no hay un acuerdo entre los estudiosos). Sabemos, por otra parte, que esto se debe a razones históricas específicas. El texto de la Biblia fue literalmente quitado de las manos por las medidas de la Inquisición española en 1559, que prohibieron la lectura de muchos libros en lengua vernácula, e incluso de la traducción castellana del Nuevo Testamento. Por lo tanto, Teresa debió contentarse con los textos de la Liturgia de las Horas (a pesar de estar en latín) y las lecturas de la Misa, que podía seguir en un pequeño Misal en castellano. De hecho, para Teresa, la fuente más importante para el conocimiento de la Biblia eran las *Meditaciones sobre la vida de Cristo* de Ludolfo de Sajonia, llamado El Cartujano (Teresa hace referencia específica a él en Vida 38, 9).

Teresa tenía una experiencia limitada de la Escritura. A pesar de ello, sin embargo, tenía una profunda experiencia de la Palabra de Dios. Es interesante el hecho de que la palabra que el Señor le dirigió después de la publicación del Índice de libros prohibidos fuera: “No tengas pena, que Yo te daré libro vivo”². Aquí el Señor se ve constreñido a corregir la decisión de la Iglesia interviniendo personalmente. Es un punto de gran importancia para comprender el significado histórico y eclesial de la experiencia mística de Teresa. En un tiempo en que la Iglesia de volvió rígida a la defensiva y quitó la oportunidad de libertad de expresión a la fe de los creyentes, el Señor se dirigió a una mujer, se hizo para ella “libro vivo” y la instruyó directamente, de modo que Teresa pudo concluir: “Su Majestad ha sido el libro verdadero adonde he visto las verdades”³. Teresa no aprendió las verdades como se lo hace con un maestro humano, sino que las *vio*. El florecimiento excepcional de gracias místicas con las que Teresa fue favorecida tiene un significado histórico bien definido: es el Dios viviente que se adelanta a recordar a su Iglesia que no es posible encerrarlo en una árida serie de formulaciones doctrinales o en una exacta repetición de ritos. Las gracias de Teresa son una expresión de libertad y de la confianza de Dios en el hombre (un Dios “ganoso de hacer mercedes”⁴) ante la estrechez de una Iglesia temerosa.

Teresa vio verdades. Pero todavía más profunda fue la experiencia que tuvo “sin ver”, cuando comprendió que Dios “es la misma verdad”⁵. Me refiero a la gracia mística de la que habla en el último capítulo de *Vida*. Más allá de las verdades de la Escritura, Teresa tuvo una radical intuición de Dios como Verdad. Y la verdad de Dios se encuentra específicamente en la Escritura. La Verdad no es la veracidad de una afirmación escrita, sino la de una persona que habla directamente a la humanidad. Todas las demás verdades dependen de esta Verdad de la Palabra de Dios a la humanidad. La verdad de hablar directamente es la verdad de una relación de amor, de amistad.

²V 26, 5.

³*Ibidem*

⁴MC 6, 12

⁵V 40, 3: «darme el Señor a entender que es la misma Verdad»

La comprensión de la Escritura como Palabra de Dios, que es amigo de la humanidad, tiene consecuencias importantes:

1) A la luz de la Verdad-Palabra de Dios, la vida del hombre se presenta a Teresa como “andar en verdad delante de la misma Verdad”⁶. La verdad en la cual se necesita “andar” es una verdad existencial, hecha de conocimiento de sí y de humilde aceptación de la propia realidad. La Palabra de Dios nos refiere a nosotros mismos, revela la verdad escondida dentro de nosotros, la verdad de nuestras heridas y miseria amada por Dios, a través de la cual Dios entra en diálogo con nosotros. Lo que no se encuentra orientado a este diálogo entre Dios y la humanidad (que es la Verdad) es mentira y vanidad. “Entendí el gran bien que hay en no hacer caso de cosas que no sea para llegarnos más a Dios”⁷.

2) La Palabra de Dios sólo se comprende cuando el hombre la escucha como a una palabra que proviene del amor de Dios por la humanidad y que lo llama a dar una respuesta de amor. La experiencia ilumina la Palabra de Dios, y la Palabra de Dios ilumina la experiencia. Ésta es la visión que subyace en la obra más bíblica de Teresa (al menos en la intención): *Meditaciones sobre el Cantar de los Cantares* (o *Conceptos del Amor de Dios*, un título que, si bien debilita la caracterización bíblica del texto, evidencia sin embargo que para Teresa toda la esencia de la Palabra de Dios consiste en ser un testigo viviente del amor de Dios).

Teresa comienza a escribir esta obra para ayudar a sus hijas a clarificar lo viene de Dios en lo que experimentan durante su itinerario espiritual de oración. Teresa es consciente de que el Señor la hace comprender milagrosamente la Escritura, no por medio del estudio (que le estaba prohibido), sino por medio de la práctica de la oración. Profundizando su conciencia de *Quien le hablaba*, continuó creciendo en una mejor comprensión de las palabras dichas por Él en la Escritura. Teresa afirma humildemente: “ni yo pienso acertar en lo que escribo”⁸. Sólo desea hablar “en lo que podemos aprovecharnos las que tratamos de oración”⁹. El *Sitz im Leben* [contexto sociológico] de su lectura de la Escritura no es el del estudio, sino el de la oración, que es -en su visión- una relación de amistad con quien sabemos que nos ama. Por esta razón Teresa leyó el Cantar de los Cantares de una manera más simple y literal. En el primer versículo del Cantar de los Cantares “que me bese con el beso de su boca”, Teresa no quiso buscar sentidos alegóricos profundos, porque considera que la pura grandeza de esas palabras consiste en el hecho de que Dios le permite volverse hacia Él “Yo lo confieso, que tiene muchos entendimientos: mas el alma que está abrasada de amor que la desatina, no quiere ninguno, sino decir estas palabras. Sí, que no se lo quita el Señor”¹⁰.

Teresa tenía una percepción extremadamente concreta y vital de la Escritura. No había necesidad de ir más allá de estas palabras, casi intentando huir de su significado más obvio. “Que me bese con el beso de su boca” son palabras que la novia dice al novio. “El beso es señal de paz y amistad grande entre dos personas”¹¹. Por esta razón, es esto lo que la novia pide a Dios: “pedía aquel ayuntamiento tan grande, como fue hacerse Dios hombre, aquella amistad que hizo con el género humano”¹². “El beso de su boca se refiere a la Encarnación, dado que sólo un Dios encarnado puede besar a la novia como hombre. Pero también puede referirse a la Eucaristía porque, de hecho, la novia recibe este beso del novio aproximándose al Santísimo Sacramento. La palabra “beso” se cumple en la realidad, un “beso” procedente de la humanidad de Jesucristo, que continúa cumpliéndose en la realidad presente de la Eucaristía. Observen cómo Teresa, de una manera original, ha interpretado el primer versículo del Cantar de los Cantares no ignorándolo, ni negando su realidad “antropomórfica”, sino permaneciendo con ella, en su verdad como palabra que Dios ha permitido que la humanidad le diga. Desde su pasado semítico, la palabra alcanza el presente cristiano de Teresa, de modo que se la puede apropiar como una palabra suya:

⁶*Ibidem*

⁷*Ibidem*

⁸MC1, 8

⁹MC 1, 9

¹⁰MC 1, 10

¹¹*Ibidem*

¹²*Ibidem*

“Pues, Señor mío, no os pido otra cosa en esta vida, sino que me beséis con beso de vuestra boca, y que sea de manera que aunque yo me quiera apartar de esta amistad y unión, esté siempre, Señor de mi vida, sujeta mi voluntad a no salir de la vuestra; que no haya cosa que me impida pueda yo decir, Dios mío y gloria mía, con verdad que son mejores tus pechos y más sabrosos que el vino”¹³.

Entonces, cuando se interpreta la Palabra de Dios, no se debería buscar adaptar la Palabra a la estrechez mental de nuestra vida, a nuestros corazones manchados. No es la interpretación existencialista lo que la Palabra requiere de nosotros. Por el contrario, es nuestra vida la que necesita adaptarse a la Palabra, de manera que pueda ser dicha por nosotros de manera histórica con la misma verdad con que la encontramos expresada en el texto de la Escritura. El principio teresiano de interpretación de la Escritura es mariano: “Hágase en mí según tu palabra”. No sorprende que sea exactamente en este contexto que Teresa utilice el ejemplo de María recibiendo la Palabra del Señor proclamada por el ángel para explicar cómo deberíamos comportarnos frente a la sabiduría misteriosa de la Palabra de Dios:

“Aquí viene bien el acordarnos cómo lo hizo con la Virgen nuestra Señora con toda la sabiduría que tuvo, y cómo preguntó al ángel: *¿Cómo será esto?* En diciéndole: *El Espíritu Santo sobrevendrá en ti; la virtud del muy alto te hará sombra*, no curó de más disputas [...] ¡Oh Señora mía, cuán al cabal se puede entender por Vos lo que pasa Dios con la Esposa, conforme a lo que dice en los *Cánticos!*”¹⁴.

Permanecer delante de la Palabra de Dios como delante de la Eucaristía; permitirle que sea ella quien nos asimile a sí misma, transformándonos, convirtiéndose de esta manera en el principio dinámico de nuestra vida como seres humanos y como creyentes; disfrutar, finalmente, de su presencia, encontrando en ella la alegría misma, contentándonos sólo con que Dios nos permita dirigirle palabras como ésta: *Bésame con el beso de tu boca*. Creo que éstos son los elementos más importantes de la experiencia teresiana de la Palabra de Dios y de su práctica concreta del precepto de la Regla Carmelitana.

4. Nuestro itinerario de renovación

Todos nosotros estamos comprometidos en un camino de renovación de la vida carmelitana, un proceso de fidelidad creativa. El primer y más importante consejo de nuestras constituciones es:

[Esta familia religiosa] (...) hermana la fidelidad al espíritu y a las antiguas tradiciones de la Orden con un afán de continua renovación, siguiendo la consigna de la Santa Madre Teresa de Jesús: “por amor de Nuestro Señor les pido que pongan siempre los ojos en la casta de donde venimos, de aquellos santos profetas” [F 29, 33] y “ahora comenzamos, y procuren ir comenzando siempre de bien en mejor” [F 29, 32].

Como hijos de Santa Teresa, estamos llamados a “ir comenzando siempre, de bien en mejor”¹⁵. Es así aun más para nosotros en este tiempo de gran cambio histórico, en el cual, incluso dentro de la Iglesia, hay un proceso de relectura de la herencia del último concilio, la cual, a distancia de más de cincuenta años, debe todavía asimilarse en profundidad.

Es exactamente ante este problema, al que encontramos cada mañana “sentado al umbral de nuestra puerta” (Sab. 6, 14), que la Palabra de Dios nos abre, no un camino secundario, no un atajo, sino la vía principal. Deberíamos dirigirnos definitivamente hacia un encuentro personal y comunitario con la Palabra de Dios, realizado en la verdad: la verdad de nuestros límites, de nuestras infidelidades, la verdad de las estructuras de pecado en las que estamos inmersos. Pero, incluso antes que eso, la verdad de nuestra vocación, la verdad del Carmelo, de su mensaje, de su extraordinaria actualidad para los tiempos modernos.

La Palabra de Dios es la fuente de toda fidelidad y de toda renovación auténtica. Hemos dicho esto al comienzo, y lo repetimos con mayor conciencia al final. Y es así porque es la Palabra *de Dios*, no del hombre. También Dios es fiel a sí mismo en un incesante devenir histórico. Dios camina con nosotros. Su palabra no es estática. Es también una palabra para el viaje, palabra que idea nuevos itinerarios, señala la dirección, recuerda la meta. Por esta razón, la primera condición

¹³MC 3, 15

¹⁴MC 6, 7-8

¹⁵F 29, 32

para permanecer cerca de la Palabra de Dios es estar caminando. Un camino, hemos dicho, de renovación que significa, antes que nada, de reforma interior, de retorno al centro, de conversión. La Biblia no nos habla si no la abrimos con este deseo, esta necesidad, esta búsqueda, que forman parte de nuestra responsabilidad histórica. La Biblia es un libro nacido en la historia, su fin es hacernos vivir la historia hasta sus mayores profundidades, nuestra historia, la historia del Carmelo. De hecho, tenemos detrás de nosotros toda una tradición de lectura carmelitana de la Biblia, que deberíamos absolutamente continuar hoy, si no deseamos que la Orden muera o pierda su identidad. De hecho, la más profunda raíz de la identidad de nuestro carisma está exactamente en su modo de leer la Escritura.

Para nosotros, los Carmelitas Teresianos, la *lectio divina* encuentra en la oración su contexto de vida real. En ella -como hemos visto para Teresa de Jesús- las palabras de la Escritura se hacen contemporáneas, pueden ser pronunciadas por nosotros con la misma intensidad con la que fueron pronunciadas por el autor bíblico. No creo que tengamos que inventar nuevas cosas para el presente, sino más bien vivir de un modo nuevo nuestra identidad de comunidad orante, congregada en torno a la Palabra hecha carne, que es Jesucristo. Con esto, nuestro modo de vivir irradiará el testimonio que la Iglesia espera justamente de nosotros como contemplativos, y por eso mismo, oyentes de la Palabra.

Permítanme que, como conclusión, les exponga cuál es la tarea, qué responsabilidad tenemos ante la herencia que nos dejaron nuestros predecesores, mediante las palabras de uno de los más grandes poetas contemporáneos -nacido justamente aquí, en St. Louis- Thomas Stearns Eliot:

[...] Y lo que debe ser conquistado
mediante fuerza y sumisión,
ya ha sido descubierto, una, dos, varias veces,
por hombres que uno no tiene esperanza de emular,
pero no hay competencia:
Sólo existe la lucha por recobrar lo perdido
y encontrado y perdido una vez y otra vez
y ahora en condiciones no propicias.
O quizá no hay ganancia ni pérdida:
para nosotros sólo existe el intento.
Lo demás no es asunto nuestro.
[...]
Los ancianos deberían ser exploradores,
aquí o allá, no importa dónde.
Debemos estar constantemente yendo
hacia otra intensidad,
en busca de una mayor unión, una comunión
más profunda,
a través del frío oscuro y la vacía desolación,
el grito de la ola, el grito del viento, las grandes aguas
del petrel y de la marsopa.
En mi fin está mi principio.¹⁶

¹⁶T. S. ELIOT, *Four Quartets*, «East Coker», V.